Oraciones para antes y después de comulgar

Oración de San Basilio el Grande

Soberano Señor Jesucristo Dios nuestro, Fuente de la vida y de la inmortalidad, Creador de toda la creación visible e invisible, Hijo co – eterno del Padre eterno, quien por la abundancia de tu bondad en los últimos días te revestiste de nuestra carne y fuiste crucificado y sepultado por nuestra causa, que somos ingratos e irracionales, y con tu propia sangre causaste la restauración de nuestra naturaleza corrupta por el pecado: ¡Oh, Rey inmortal!, recibe mi arrepentimiento ya que soy pecador e inclina tu oído y escucha mis palabras: Porque he pecado, Señor, he pecado contra el cielo y ante Ti, y no soy digno de elevar mi mirada hacia la altura de tu gloria; porque he afrentado tu bondad por transgredir tus mandamientos y por desobedecer tus órdenes. Mas Tú, Señor, en tu mansedumbre, paciencia y gran misericordia, no me has entregado para que perezca con mis iniquidades, sino que siempre esperas de cualquier manera mi conversión. Porque Tú, Amante de los hombres, has dicho por tu profeta que no deseas la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Porque no quieres, Señor, que la obra de tus manos sea destruida, ni te agrada la destrucción de los hombres, sino que deseas que todos se salven y que lleguen al conocimiento de la verdad. No obstante, aunque soy indigno del cielo, de la tierra y de esta vida temporal, habiéndome entregado completamente al pecado y siendo esclavo del placer he profanado tu imagen; sin embargo, siendo tu obra y criatura, no me desespero por mi salvación sino cifrando esperanzas en tu infinita misericordia me atrevo a acercarme a Ti. Por eso recíbeme, Señor, Amante de la humanidad, como recibiste a la pecadora, al ladrón, al publicano y al pródigo, y quítame el pesado yugo de los pecados, Tú que quitas los pecados del mundo, que sanas las enfermedades de los hombres, que llamas a los rendidos y agobiados por el trabajo y les das descanso, pues no viniste a llamar al arrepentimiento a los justos sino a los pecadores. Límpiame de

toda iniquidad de la carne y del espíritu. Enséñame, en tu temor a alcanzar la santidad perfecta, para que con el claro testimonio de una conciencia limpia pueda recibir una parte de tus Santos Dones y ser unido con tu sagrado Cuerpo y Sangre, a fin de que Tú mores y permanezcas en mí con el Padre y con tu Espíritu Santo.

¡Oh!, Señor Jesucristo, Dios mío, que la comunión de tus inmaculados y vivificantes Misterios no sea para mi condenación, ni para que debilite mi alma y cuerpo por comulgar indignamente; mas, concédeme que hasta mi último aliento reciba sin condenación una porción de tus Santos Dones; para unión con el Espíritu Santo, como provisión para la vida eterna y para una buena respuesta ante tu temible Juicio, para que yo también pueda participar junto con todos los elegidos en tus incorruptibles bienes que preparaste para los que te aman, ¡oh, Señor!, en quienes eres glorificado por los siglos. Amén.

Oración de San Juan Crisóstomo

Señor Dios mío, yo sé que no soy digno y que no merezco que entres bajo el techo del templo de mi alma porque está completamente desolada y caída, y no tienes en mí un lugar digno para reposar tu cabeza. Desde lo más alto te humillaste por causa nuestra, acepta ahora mi humildad. Así como te dignaste reposar en una gruta y en un pesebre de bestias irracionales, ahora dígnate reposar en el pesebre de mi alma irracional y entrar en mi corrupto cuerpo. Así como no desdeñaste entrar y cenar con pecadores en la casa de Simón el Leproso, consiente también entrar en la casa de mi humilde alma, que es todo leprosa y pecaminosa. Y así como no rechazaste a la mujer, adúltera y pecadora como yo, cuando se te acercó y te tocó, también sé compasivo conmigo que soy pecador, al acercarme a Ti y tocarte. Y como no despreciaste los labios impuros y sucios de la mujer que te besó, así también que no te repugnen mis labios aun más corruptos e impuros y mi muy inmunda lengua. Sea la brasa ardiente de tu santísimo Cuerpo y preciosa Sangre para la santificación e iluminación y el fortalecimiento de mi humilde alma y cuerpo, para alivio del yugo de mis muchos pecados, para protección contra toda acción diabólica, para restricción y supresión de mis

hábitos malos y malignos, para mortificación de las pasiones, para obediencia de tus mandamientos, para la suma de tu divina gracia y la adquisición de Tu Reino. Porque no es con insolencia que me acerco a Ti, Cristo Dios, sino confiando en tu inefable bondad, no sea que llegue a ser presa del lobo espiritual por abstenerme por mucho tiempo de tu comunión. Por eso, te ruego, Señor, ¡oh, Soberano!, único Santo, santifica mi alma y cuerpo, mi mente y mi corazón, mi vientre y entrañas, y renuévame completamente. Arraiga en mis miembros el temor de Ti, y haz indeleble en mí tu santificación. Sé también mi auxilio y mi defensor, guía mi vida en paz, y hazme digno de estar a tu diestra con tus Santos: por las oraciones e intercesión de tu Purísima Madre, de los espíritus que te sirven, de las purísimas Potestades y de todos los Santos que siempre te han agradado. Amén.

Oración de San Basilio el Grande

Conozco, ¡oh, Señor!, que comulgo indignamente tu purísimo Cuerpo y tu purísima Sangre, y que bebo y como mi propia condenación, sin reflexionar que son Cuerpo y Sangre tuyos, de mi Cristo y Dios. Sin embargo, con atrevimiento acudo a tu misericordia, porque Tú mismo dijiste: «El que come mi Cuerpo y bebe mi Sangre está en Mí, y Yo en él». Apiádate, pues, ¡oh, Señor!, y no me acuses a mí, pecador, sino haz conmigo según tu misericordia, para que tus Santos Sacramentos me sean para curación, purificación, iluminación, conservación, salvación y santificación de mi alma y cuerpo. Para la expulsión de cualquier visión, de cualquier acción malvada y de la influencia del diablo que obra mentalmente en mis miembros. Para que me den ánimo y amor por Ti, que corrijan mi vida y la afirmen; que desarrollen en mí virtudes y perfección; que me enseñen a cumplir tus mandamientos; que me sean para comunión con el Espíritu Santo, viático a la vida eterna y una buena respuesta en tu temible Tribunal. Que no sean para mi juicio y condenación.

Oración de San Juan Crisóstomo

Creo, Señor, y confieso que, en verdad eres el Cristo, Hijo de Dios vivo, que has venido al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales soy yo el primero.
Y más, creo que este es tu mismo Purísimo Cuerpo, y que esta es tu misma Preciosa Sangre. Por eso te imploro que tengas piedad de mí, perdóname mis faltas voluntarias e involuntarias, cometidas por palabras o acciones, con conocimiento o por ignorancia, hazme digno de comulgar, sin condenación, de tus Santísimos Sacramentos, para la remisión de los pecados y para la vida eterna.

Versos de San Simeón el Traductor

He aquí que me acerco a la divina comunión.
Creador, no sea yo quemado con la comunión.
Pues Tú eres fuego que quema al indigno.
Mas, purifícame de toda iniquidad.

Luego estas oraciones

Acéptame hoy, oh Hijo de Dios, como partícipe de Tu Mística Cena. Pues no revelaré yo tu misterio a tus enemigos, ni te daré un beso, como Judas. Sino como el Buen Ladrón te digo: Acuérdate de mí, Señor, en Tu Reino.

Teme, hombre, cuando veas la sangre deificante.
Es una brasa que quema al indigno.
El cuerpo de Dios deifica y alimenta.
Deifica el espíritu y maravillosamente alimenta la mente.

Troparios:

Me has dulcificado con el amor, Cristo, y con tu divino amor me convertiste. Mas consume con fuego inmaterial mis pecados y hazme digno de saciarme del gozo que es en Ti, y al cantar enaltezca, ¡oh, Bondadoso! tus dos venidas.

¿Cómo puedo yo, indigno, entrar en el esplendor de tus Santos? Porque, si me atrevo a entrar en la cámara nupcial, mi vestidura me revela, porque no es vestidura de bodas, y como a un prisionero los ángeles me echarán fuera. Limpia, Señor, la iniquidad de mi alma y sálvame, porque amas a la humanidad.

Soberano, Amante de la humanidad, Señor Jesucristo, Dios mío, no sean para mi juicio estos santos Misterios por ser indigno, sino para purificación y santificación de mi alma y cuerpo, y para prenda de la futura vida y reino. Porque es bueno que yo me una a Dios y que ponga en el Señor la esperanza de mi salvación.

ORACIONES DESPUÉS DE LA SANTA COMUNIÓN

Acción de gracias por la Santa Comunión
¡Gloria a Ti, Dios! ¡Gloria a Ti, Dios! ¡Gloria a Ti, Dios!
Y esta oración de acción de gracias:
Te doy gracias, ¡oh, Señor! Dios mío, por no haberme rechazado a mí, pecador, sino por haberme hecho digno de ser participante de tus Santos Sacramentos. Te doy gracias por haberme hecho digno a mí, indigno, de comulgar tus purísimos y celestiales Dones. Mas, Soberano, que amas a la humanidad, Tú que por nosotros has muerto y resucitado y nos has dado estos temibles y vivificadores Sacramentos para beneficio y santificación de nuestras almas y cuerpos, haz que lo sean también para curación de mi alma y cuerpo, para rechazo de lo adverso, para iluminación de los ojos de mi corazón, para la paz de mis fuerzas espirituales y para una fe firme, para un amor sincero, para que me llenen de sabiduría y para cumplimiento de tus mandamientos, para aumento de tu gracia divina y la obtención de tu reino, para que yo, resguardado por Ellos en tu Santidad, recuerde siempre tu gracia y ya no viva más para mí, sino para Ti, nuestro Soberano y Benefactor. Y así, en el momento de partir de esta vida con la esperanza de la vida eterna, llegue a alcanzar la paz perpetua, donde no cesa jamás el canto de los festejantes ni el gozo infinito de los que contemplan la inefable hermosura de tu rostro. Porque Tú eres el verdadero deseo y el

indecible gozo de los que te aman, ¡oh, Cristo, nuestro Dios! y a Ti te alaba toda la creación por los siglos. Amén.

Otra oración

Que tu Cuerpo Santo, ¡oh, Señor Jesucristo!, Dios nuestro, me sea para la vida eterna, y tu Preciosa Sangre para la remisión de mis pecados. Que este agradecimiento me traiga regocijo, salud y alegría. Y en tu temible segunda venida, concédeme a mí, pecador, estar a la diestra de tu gloria, por las oraciones de tu Purísima Madre y de todos los santos.

Oración a Santísima Madre de Dios

¡Oh, Santísima Soberana, Madre de Dios, luz de mi alma entenebrecida, esperanza mía, mi amparo, mi refugio, mi consuelo y mi alegría! Te doy las gracias, porque me has concedido a mí, el indigno, comulgar del purísimo Cuerpo y de la preciosa Sangre de tu Hijo. Pero Tú, que diste a luz la verdadera Luz, ilumina los noéticos ojos de mi corazón. Tú, que has dado al mundo la Fuente de la inmortalidad, vivifícame a mí que yazgo muerto en el pecado. Tú, que eres la Madre compasiva del Dios misericordioso, apiádate de mí y concédeme arrepentimiento y contrición en mi corazón, humildad en mis intenciones, y poder invocarte en la esclavitud de mis pensamientos. Y concédeme que hasta mi último suspiro pueda recibir sin condenación la santificación de estos Santos Misterios, para la salvación del alma y del cuerpo. Y concédeme lágrimas de arrepentimiento y de confesión: que yo pueda alabarte y glorificarte todos los días de mi vida; pues bendita eres Tú y glorificada por los siglos de los siglos. Amén.

Y luego:

Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme con tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel.

Publicación de la Diócesis de Buenos Aires,
Sudamérica y Centroamérica
Iglesia Ortodoxa del Patriarcado de Serbia